

Primer Premio en Narrativa.

Venus y Saturno

Graciela Porley Caputi

En realidad, si reflexiono, aquella extraña sensación había empezado la noche anterior. Salí a la terraza. El gato negro de la vecina me contemplaba fijamente sentado en el pretil lindero. Me estremeció aquella mirada reluciente. Intenté ahuyentarlo pero fue en vano.

Mi mujer es profesora de historia. Por la mañana, cuando se dirigía al liceo encontró una llave junto a la puerta de entrada a la casa. Especuló acerca de la eventual presencia de ladrones en el barrio.

Acostumbro a leer los diarios en el trabajo. De esa manera, me enteré que en estos días se observaría una inusual cercanía de Venus y Saturno en el horizonte, en la puesta de sol.

Debo confesar que los fenómenos astronómicos me apasionan. Atesoro una vieja foto del cometa Halley del año 1986 que apenas se distingue. Sueño con conocer el cielo del hemisferio Norte, en especial a la Osa Mayor. Recuerdo un eclipse que presenciemos cuando iba a la escuela. La maestra nos condujo al patio y esperamos la llegada de la oscuridad en completo silencio.

La noticia me entusiasmó. Regresé de la oficina caminando despacio por la Rambla. Aguardé paciente el advenimiento del espectáculo celeste.

Salí a contemplar los astros nuevamente, tarde en la noche, cuando ambos resplandecían. Venus brillaba y Saturno amarillento estaba cerca.

- ¡Entra de una vez! No se qué haces ahí, mirando el cielo con este frío- dijo mi esposa.

Me avergonzó confesarle que creí adivinar que ambos astros me sonreían. Respondí saludándolos. Oscilaban suavemente. Traté de medir la distancia entre ellos con la mano. La luna estaba en fase llena. Lucía enorme y digna. Busqué un almanaque y lo comprobé. Intrigado acudí a Internet a ver si tal conjunción tenía algún significado especial. Verifiqué cuál noche sería la de mayor brillo del satélite en el cono sur, indagué sobre otras manifestaciones cósmicas. Supe que Venus se relaciona con el amor, Saturno con las cosechas, la soledad o los maleficios.

Antes de acostarme recibí una llamada de mi hermana. Había llegado una comunicación que anunciaba el cobro de un dinero adeudado a mi padre, fallecido cinco años atrás. Por esas cosas de la economía aleatoria de Sudamérica, los billetes revivían.

Recordé el horóscopo que una compañera me había leído burlona. Predecía que recibiría una suma de dinero inesperada. Tanta coincidencia me sacudió. No me adhiero a ninguna creencia, por algo me dediqué a la informática que es el dios de nuestro tiempo, un dios que cambia, trampea, pero creo manejo a mi antojo. Ilusiona su supuesto saber infinito.

Dormí mal. Tuve pesadillas. Por la mañana no podía despertarme. Era un sábado soleado invernal. Cumpliría cuarenta años, mi mujer treinta y dos. No teníamos hijos. Ella insistía. Para mí aún había tiempo.

Había decidido hacer una dieta de depuración. Se dice son buenas en luna llena.

-¿Te volviste loco? Hoy vamos a almorzar a lo de tu madre, ¿qué le decimos?- exclamó ella.

-Mejor no vamos, no estoy con ánimo- contesté.

-Llámalala ahora mismo. Se va a enojar.

Me sentía raro. Percibía que recibiría un mensaje. Por primera vez en mi vida me planteaba que los caminos guiados por la lógica no son los únicos. Sonó el timbre. Un niño buscaba una llave perdida. El llavero era un osito de peluche diminuto. Le di sólo la llave.

-Sabes, quiero tener un hijo- murmuré a mi esposa.

-¿Estás bien?- respondió inquieta.

Decidí comentarle lo que me pasaba.

Fue todo casualidad, esas conjunciones planetarias se dan todos los años, extraviaron una llave y el dinero lo debían, comentó mientras me acariciaba con ternura y cara desolada.

Pero inquietudes e interrogantes de toda índole habían iniciado su recorrido, y no podía controlarlas. De ahí en más, se profundizarían en mi interior.

En una semana sería el aniversario de la muerte de mi padre, muerte súbita en noche de luna llena. Mi padre era un soñador, trabajaba poco -para qué más- decía. Prefería investigar lo que le despertaba curiosidad, como los astros.

Esta noche hay otra conjunción Venus Saturno. Ya estoy jubilado. Hago cortometrajes de ciencia ficción que miro junto a hijos y nietos. En mi escritorio hay un ejemplar del Quijote, una Biblia, la foto de mi padre y un oso de peluche.

Primera Mención en Narrativa.

Soulmates

Natalia Aurrecochea Duval

Para mejor la que insistió fui yo, viste, la primer señal de un no fue el llamado por teléfono, antes de decir cualquier cosa ya nos estaban ahuyentando, vaya uno a saber por qué. La reacción, después de haber fantaseado tanto, fue de putearlos un poco, después de todo, ponen un aviso en el diario y cuando aparece un posible inquilino, le salen con pavadas.

Pero igual yo tenía que ponerme caprichosa, eso de estar a dos cuadras del trabajo, de un trabajo en una ciudad en la que uno no creció, era tan seductor. Sí, ya sé que te vas a reír, imaginate un apartamento seductor, un Robert Redford de las construcciones. Qué le vas a hacer, el laburo me está poniendo cursi. Date cuenta que estar todo el día leyendo cosas en inglés es asunto serio, uno tiene que acomodar la mente y dejarse llevar, que si no, se pierde un tiempo de oro con el diccionario, y ahora que recién voy a empezar allí, tengo que dar buena impresión, la verdad que no me gustaría tener que quedarme en el pueblo. Pero por más ganas que tenga de estar lejos de ese maldito lugar, igual es difícil, vos sabés que es difícil. Por eso había quedado tan encantada con ese edificio, ¿entendés? estar cerca de la oficina era suprimir ese miedo a andar por calles de nombres desconocidos, ese miedo a no saber donde está el norte y ver el maldito sol malditamente justo encima de la cabeza de uno sin saber para dónde queda el norte; el miedo de subirse a un ómnibus que te lleve a un sitio alejado, a algún barrio hostil, a calles pobladas sólo por barracas abandonadas y basureros. (Sí, ya sé lo que estás pensando. Tres maldiciones en un párrafo.)

Uno lee tantas cosas sobre unirse al universo y fluir en él y controlar la energía y todo eso, que cuando se

encuentra con estas cosas no sabe en qué creer, viste. Yo qué sé, a ver si te puedo explicar: a veces parece que actuamos en total libertad, a veces parece que el destino está escrito, a veces parece que todo es azar. Tomás decisiones con o sin seguridad, pero las tomás, y esas decisiones tienen consecuencias, pero te ponés a pensar en los por qué de tus decisiones, y entonces no podés evitar pensar que algo más tiene que haber, que alguien o quién sabe qué cosa tiene que estar poniéndote en el camino alguna que otra yerba extraña que te condicione las ideas; entonces cuando ya te estás por convertir al determinismo, la palabra azar surge como mejor aliada de tu libertad de acción pero te llena de tanta resignación, y no, no sólo resignación, no. También te llena de desencanto. Ajá, y ahora pienso en Kant y algo que decía sobre la intención de la naturaleza, y no sé, tendría que ponerme a explicarte y la verdad que ahora no tengo ganas. Ya sé que te estarás preguntando quién carajo es o fue Kant, vas a revolver en tus recuerdos del liceo a ver si encontrás algo, pero como se trata de mí vas a deducir que debe ser algún alemán que se murió hace tiempo. Sería tan fantástico poder creerle eso de que todo tiene un sentido. Pero el tiempo y la ciudad me han vuelto incrédula, vos ya lo sabés.

(Yo no podía evitar pensar en el apartamento y en el fondo pensar en vos, pensar en algo tan perfecto y al mismo tiempo tan trampa mortal, pensar en algo que parece las tres cosas al mismo tiempo: libertad, destino y azar.)

Insistí por las dudas, insistí por los dibujitos en el plano, por los cuadraditos color melón, tan cerca entre sí. Eso de irse a vivir a un lugar prácticamente extraño